



ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015
X5000JHN - Córdoba - Argentina

Córdoba, viernes 22 de agosto de 2025

HOMILIA ANGEL ROSSI SJ MISA JUBILEO DE LA CARIDAD - ENCUENTRO DE VOLUNTARIOS

Me alegra profundamente poder estar hoy aquí acompañándolos en este jubileo del voluntariado. Un encuentro que reúne a tantas obras, instituciones y personas que se esfuerzan por dar una mano a quienes más lo necesitan.

Es muy significativo que nos convoque el Evangelio de Mateo, capítulo 25. Esa certeza tan fuerte: el pobre es Cristo. No dice “es como si fuera Cristo”, sino que Cristo está realmente allí. “¿Cuándo te vimos?” preguntan los justos. Y Él responde: “Cada vez que lo hicieron con uno de estos pequeños, conmigo lo hicieron”. No es un “como si”, sino una presencia real: el pobre es Cristo.

Desde allí, Él nos mira y nos llama. Nos interpela a través del rostro del hambriento, del sediento, del migrante, del enfermo. Nos mira con los ojos compasivos del buen samaritano, y también con los ojos entrecerrados del hombre apaleado al costado del camino. Nos llama desde la mirada expectante de la samaritana que busca agua viva, desde el dolor de la viuda de Naím, y desde la esperanza audaz de la hemorroísa que lo toca con fe.

El pobre es Cristo. Y cuando llegan a nuestras obras, cuando tocan nuestra puerta, cuando nos los encontramos en la calle... tenemos que vivirlo así. Como decía Don Orione: que no preguntemos quiénes son, ni de dónde vienen, ni cuántos son. La única pregunta importante es: ¿qué dolor traen?

Nosotros creemos en un Dios en salida, que va al encuentro de quienes sufren. Un Dios que es buena noticia, que es esperanza. Un Dios que no nos deja cómodos ni satisfechos con lo ya logrado. Un Dios que nos empuja a seguir. Como decía Martín Descalzo: “La peor obra es la que nunca comenzamos, y la mejor obra es la que soñamos para mañana”.

Nuestro Dios es un Dios que busca, un Dios en expansión. No podemos esperar a que vengan. Tenemos que salir nosotros: a sus casas, a los hospitales, a los geriátricos, a los psiquiátricos, a la cárcel, a los refugios, a los rincones oscuros donde a veces se esconden. Ir a su encuentro, comprender cómo se sienten, qué perciben, qué desean en el corazón.

Como decía Don Primo Mazzolari –y lo cita el Papa Francisco–: “No me pregunten si hay pobres, ni quiénes son ni cuántos son. Nunca los he contado, porque a los pobres no se los cuenta, se los abraza”.

También el Cardenal portugués, Valentín Mendoza, decía: “La humanidad que hay en nosotros necesita ser abrazada, especialmente cuando está herida, estigmatizada, sofocada por la exclusión, aislada como en una isla de dolor”.

Nuestra presencia fraterna, por sencilla que sea, puede decirles: “aquí estoy, no estás solo”.



ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015
X5000JHN - Córdoba - Argentina

Cáritas y todas nuestras obras, en el trabajo cotidiano o en la ayuda concreta, nos libran de la tentación de olvidar el sufrimiento. Cuando la desesperanza amenaza con adormecernos, nuestras obras son como un vigía que grita y sacude, que despierta con su compromiso y su fe contra toda esperanza. Ese es el testimonio del voluntariado.

El voluntario no trabaja desde el aire o desde lo teórico. Se mete en las trincheras concretas de la esperanza. En los lugares reales de servicio. Por eso necesita una cultura de la acogida, una capacidad de escucha, de cercanía, de relaciones humanas verdaderas. Amar es hacer obra de amor. Y como decía San Alberto Hurtado: nuestras obras son el modo de decirle a nuestro pueblo que comprendemos su dolor.

La compasión verdadera no se queda en un sentimiento. Se concreta en comunión. No se reduce a un “calorcito en el corazón”. Se hace mano tendida, gesto concreto, abrazo sincero.

Gracias a ustedes, el voluntariado no es un mero hacedor de proyectos. Es restaurador de esperanza. Testigo de una utopía posible.

Y por este don, damos gracias. Porque “Eucaristía” significa precisamente eso: acción de gracias.

Gracias por permitirnos asistir a las cátedras de vida que nos ofrecen los pobres: con sus carencias, su enfermedad, su vejez, su soledad. Ellos nos enseñan. Gracias por dejarnos beber de la inocencia de los niños de nuestras obras. Gracias por el consejo prudente y sabio de los ancianos.

Los niños y los viejitos: los dos extremos de la vida, los dos más vulnerables... y hoy, tristemente, los más maltratados por la sociedad y por sus dirigentes. Siempre digo que ellos son el termómetro de la dignidad de una sociedad.

Gracias por cada gesto voluntario que demuestra que la gratuidad es posible, que el amor siempre encuentra tiempo para servir.

Y además de agradecer, hoy venimos a ofrecernos. A renovar nuestro compromiso. “Compromiso” es una palabra hermosa: significa compartir una promesa. Venimos a ofrecer mucho.

San Alberto Hurtado decía: “¡Adelante! Él comienza la obra, Él la continúa, y Él la termina con nosotros”.

Que el Señor nos regale la perseverancia. Porque estas obras muchas veces son difíciles, hay que tragarse saliva. Decía Hurtado: ¿qué valor tendría una obra si todo fueran rosas y jazmines?

En una época de soledad, reflexionando, él decía: “Tendremos que ser nosotros los que llevemos adelante la revolución de la justicia social”. Aprile, el marplatense, la llamó “una mansa rebelión”.



ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

*Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015
X5000JHN - Córdoba - Argentina*

Esa es la revolución del voluntariado: no desde la violencia, sino desde la solidaridad. Desde el corazón sensible. Desde la bondad. Hay mucha gente buena, muchas veces callada frente al descaro de los malos.

Servir es don y es tarea. No es un calorcito en el pecho. Es una opción decidida: ser protagonista de esta mansa rebelión. Juntar en el servicio la capacidad de soñar de los utópicos, la eficacia del realista y la alegría de los niños.

Hurtado decía que toda obra necesita un soñador, un organizador y un trabajador. Y muchos de ustedes son eso: soñadores, organizadores, trabajadores. Cada uno, según su carisma.

El voluntariado –decía también él– debe ser ese “dardo agudo” que se clava en la carne dormida de la indiferencia. Como un grito que rompe el silencio cómplice del no servicio.

Y nuestras obras, gracias a Dios, viven ese ideal ignaciano: no tener miedo al sueño grande, sin descuidar el detalle pequeño. Soñar en grande según el Reino, y cuidar también el gesto escondido.

Porque nuestra misión no es solo dar una mano, sino devolverle al otro la conciencia de su dignidad. Una dignidad que no se pierde nunca, ni en la calle, ni en la enfermedad, ni en el hambre. El pobre no pierde la dignidad. Solo necesita recuperar la conciencia de que la tiene.

Amar con gestos concretos: una sonrisa, un saludo cálido, una mano que alimenta, una llamada, un gesto escondido pero lleno de ternura.

Este es el jubileo de la esperanza. Somos peregrinos de esperanza. Y peregrinar es ir caminando hacia adelante.

La esperanza se manifiesta en la carencia. En el límite. No en la abundancia. Por eso recordaba las palabras del profeta Habacuc:

“Aunque la higuera no florezca,
aunque no haya fruto en las viñas,
aunque falte el alimento y no haya ganado en los corrales,
sin embargo, yo me alegraré en el Señor,
me regocijaré en Dios, mi Salvador”.

Esa es la clave de la esperanza: “aunque... sin embargo”. Aunque estoy cansado, sin embargo seguiré. Aunque tengo miedo, confiaré. Aunque el corazón diga basta, me pondré de pie una vez más.

Recuerdo una carta que un matrimonio iraquí escribió al cardenal Martini en plena guerra. Decían: “Aunque estamos destruidos y sin casa, sin embargo, estamos llenos de esperanza. En Navidad nacerá nuestro primer hijo”.

Eso es esperanza. Y esa es la gracia que hoy pedimos: agradecer y renovar el compromiso.



ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

*Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015
X5000JHN - Córdoba - Argentina*

El voluntario –dicen– domicilia en lo cotidiano la utopía. Y a veces se duda del voluntariado. Se dice que no puede tener el mismo compromiso que un asalariado. Yo digo al contrario: cuando se vive de verdad, el voluntariado compromete incluso más.

Por eso, gracias por este testimonio que muchos no entienden, pero que conmueve.

Muchas veces la gente ve nuestras obras y pregunta: “¿Quién está detrás de todo esto?”. Y yo respondo: no es alguien detrás... es alguien delante, en el medio. Es el Señor. Y es nuestra gente.

El voluntariado interroga. Da respuestas. Hoy, en un tiempo en que la militancia se ha enfriado, el compromiso tiene forma de voluntariado.

Y no olvidemos nunca: no servimos desde arriba. No somos los buenos que ayudan a los pobres. No somos los fuertes que cuidan a los débiles. Somos frágiles ayudando a frágiles. Pecadores dándole la mano a otros pecadores.

Por eso, si hay que ubicarse en algún lugar, es abajo.

La única agachada que el Señor nos permite es la del lavatorio de los pies. Y la única trepada que nos concede... es a la cruz.

Que el Señor nos ayude. Que sigamos dando gracias. Y que hoy, en esta misa, podamos renovar con alegría nuestro compromiso.

Pidámosle a la Virgen, la mujer del “sí”, que supo comprometerse con todo el corazón, que nos ayude también a nosotros.